

de su modo de hacer la guerra, ó de algun vicio inherente á su constitucion: y diremos desde luego que concurrieron estas dos cosas á un mismo tiempo para salvar la Europa, ciñendo las empresas de los turcos á unos sucesos felices pasageramente, y á unas victorias estériles. Sus exércitos eran juntamente demasiado numerosos, y harto mal disciplinados, para que se les pudiese tener mucho tiempo debaxo de las banderas, y emplearlos en expediciones que exígiesen constancia. Parecía que querian cubrir de repente un terreno vasto, apresurar los ataques, invadir mas bien que vencer, y cesar de obrar luego que se cumpla su primer objeto. Eran como unos torrentes que se esparcian impetuosamente, que causaban muchos estragos, y que pasaban al cabo de algun tiempo, sin dexar despues otras pruebas de su existencia, que los vestigios del mal que habian hecho. Por otra parte era imposible proveer por muchos dias á la subsistencia de aquellos cuerpos inmensos que llevaban tambien tras de sí una multitud de bocas inútiles: de suerte que si el país en que estaba el teatro de la guerra era naturalmente poco fértil; si el enemigo que se iba á combatir léjos tenia la precaucion de despojar las campiñas; si al empezar se experimentaban reveses; ó si las enfermedades ó contrariedad de las estaciones destruian las esperanzas del buen suceso nacidas de la confianza en el gran número; no tardaban en manifestarse las quejas y murmuraciones, y muy luego seguia el descontento y la rebelion: siendo preciso entónces para evitar las conseqüencias del amotinamiento, llevar los exércitos á los parages en que hallasen abundancia y seguridad, abandonar hasta las plazas de que al principio se habian apoderado, y renunciar finalmente una empresa comenzada á mucha costa. Tal fué casi siempre la suerte de los exércitos innumerables puestos en pie por los turcos para la conquista de Occidente. Añádase á esto que las naciones asiáticas parece haber estado destinadas en todos tiempos á recibir el yugo de los pueblos del Norte, y no á triunfar de ellos; de lo qual fueron una prueba los mismos turcos, quando comenzaron á darse á conocer en el mundo.

Ademas habia en la política de los sultanes un vicio ligado con la constitucion del estado y con la forma de gobierno, á un mismo tiempo militar y despótico. Pro-

poníanse en general conquistar tal reyno, someter tal pueblo; pero no formaban un plan seguido y combinado de las operaciones que debian suceder unas á otras para llegar al fin. No prevenian mejor los acontecimientos contrarios, los reveses inopinados, y los golpes casuales para remediarlos á tiempo, y detener sus conseqüencias por aquellos medios que la experiencia y la habilidad saben emplear en el momento que se hacen necesarios. Contentábanse con juntar exércitos formidables por el número, y con decir á sus visires: ponedlos á la frente de estas tropas; id á sitiar tal ciudad, ó invadir tal provincia sin darles otras instrucciones. Si la empresa salia feliz, el soberano se atribuia la gloria de ella; mas si algun obstáculo imprevisto la hacia desgraciarse, cargaba la vergüenza del mal suceso sobre el general que habia desempeñado mal sus órdenes, y muchas veces lo castigaba con la muerte, ó á lo ménos con la desgracia, para librarse él mismo del furor de los genízaros. Si concurrieron otras causas á los pocos progresos de las armas otomanas, quando se dirigieron contra los pueblos de Europa; estas fueron á lo ménos las mas ordinarias, y las mas activas en este siglo y en los siguientes.

ARTICULO II.

Estado de las monarquías y demas potencias de Europa durante el siglo décimosexto.

Los quadros históricos de las grandes monarquías y de las otras potencias de Europa no nos han ofrecido en las épocas precedentes ninguna cosa que pueda compararse con los sucesos que se vieron en el siglo décimosexto en todos los estados; pues pasaron cosas de que no hay exemplar en los tiempos anteriores. En Alemania, una casa ya poderosa se procura nuevas posesiones y se perpetua en el trono imperial, sin que la forma ordinaria de las elecciones experimente la menor mudanza: los diversos miembros del cuerpo germánico divididos entre sí en las opiniones religiosas, sin dexar de estar unidos en las leyes de la constitucion, adquieren nuevos intereses abrazando un nuevo culto: en fin esta vasta con-

federacion se divide en dos porciones, que cada una tiene sus máximas políticas, sus derechos y sus privilegios aparte, aunque sujetas á unas mismas leyes, y gobernadas por una misma cabeza. En Francia una secta obscura y débil en sus principios llega á hacerse muy luego bastante temible para obligar al gobierno á tratar de composicion con ella: fórmanse en el estado facciones enemigas: una administracion irresoluta y tímida les permite cobrar fuerzas y atreverse á todo: inúndase el reyno de sangre: reyna por todas partes el robo, las rebeliones y la confusión: véense cada día escenas de horror que hacen á la naturaleza estremecerse; y dos reyes dignos uno y otro de mejor suerte perecen á la mitad de su carrera baxo los golpes del fanatismo. En España un religioso hecho regente ó gobernador de los tres reynos que no formaban ya mas que uno, reprime á los grandes, restringe sus privilegios, y prepara el reynado del príncipe mas absoluto que habia habido de la parte de acá de los Pirineos; este monarca acaba lo que la prudencia de Isabel y la política de Fernando habian empezado felizmente: los señores ántes tan altivos y zelosos de sus derechos se le rinden, y dan á los demas vasallos exemplo de sumision: los moros de Africa tiemblan, y no se atreven á emprender nada contra la tranquilidad de un pais de que fueron echados sus hermanos para siempre: viene á acrecentar el poder y las riquezas del poseedor de tantos dominios un nuevo imperio del lado de allá de los límites conocidos del universo: finalmente este mismo príncipe, tan zeloso de su poder y tan temido, renuncia la dignidad suprema, se despoja voluntariamente de todos sus estados, y acaba sus dias en el retiro, sin otra sociedad que dos ó tres monges, y algunos caballeros aldeanos, á quienes trata como iguales, despues de haber turbado el mundo mas de treinta años con su ambicion é insaciable codicia (a). En Inglaterra un príncipe ardiente é impetuoso en sus pasiones altera la constitucion por extender la prerogativa

(a) Ya empieza á descubrir aquí el autor, como buen frances el sentimiento que es general á su nacion contra un príncipe que le ganó ventajas tan gloriosas. Muy luego tendremos ocasion de retocar las pinturas que hace de su reynado y del de su sucesor, haciendo ver la pasion de que se ha dexado llevar en esta parte.

real, rompe los vínculos que le unian con la cabeza de la Iglesia por entregarse á la inconstancia de sus gustos, y empieza un cisma cuyas conseqüencias producen despues de él la mudanza total de la creencia y del culto: una muger que mereció ser contada entre los mas grandes reyes, manifiesta durante su largo y floreciente reynado un vigor de alma que eleva y extiende el de la nacion que gobierna, y la hace capaz de las mayores empresas: absoluta en lo interior y temida en lo exterior, imprime un carácter de grandeza á sus mismas flaquezas; y las acciones reprehensibles que se cree permitidas para satisfacer sus inclinaciones ó saciar su venganza no debilitan su autoridad dentro del reyno, ni su estimacion afuera: despues de ella viene un príncipe, cuya madre habia acabado sus dias en un cadalso, y su exáltacion al trono añade una nueva corona á las que ya llevaban los soberanos de la gran Bretaña. En Italia dos príncipes competidores en gloria y ambicion disputan entre sí con las armas en la mano dominios sobre los cuales pretenden tener ambos derechos legítimos: el valor sobresaliente, pero demasiado inconsiderado, del uno cede á la fortuna del otro que dirige sus empresas con mas lentitud y seguridad: los papas procuran reparar con confederaciones, con guerras y con tratados las pérdidas que su potestad experimentaba á lo léjos por los estragos de la herejía: una casa de negociantes se eleva á la clase de soberanos, y por la prudencia con que emplea sus riquezas y su crédito, logra una consideracion que la pone en estado de hacer desear su alianza á los monarcas mas ilustres. En Suecia, en Dinamarca y en los otros estados del Norte desaparecen por último la barbarie y la rudeza de costumbres: las artes y las ciencias no son ya forasteras: á unas costumbres absurdas suceden unas instituciones útiles y unas leyes fundadas sobre la razon, y con las nuevas doctrinas, por los esfuerzos que hacen para trastornar el antiguo culto, entra en los ánimos una especie de actividad que los saca del entorpecimiento en que habian estado hasta entónces. En lo último de los Países Baxos en una comarca llena de lagunas y amenazada incessantemente por el Océano se forma una república que debe su origen al amor de la libertad, su acrecentamiento al valor y á la economia, y su grandeza á

la industria y al comercio. En una palabra entre todas las naciones de Europa el siglo décimosexto fué la época de las mas pasmosas revoluciones en la religion, en el gobierno, en la política, en el comercio y en la literatura. Presentemos mas por menor todas las partes de este importante lienzo.

Maximiliano I. reynaba en Alemania desde el año de 1493, y en veinte y cinco años y medio que ocupó el trono imperial, no mostró ni capacidad para el gobierno, ni talento para la guerra. Débil, inconsequente, sin aptitud y sin gusto para el trabajo, tuvo poca estimación en el imperio, aunque era cabeza de él, y aun ménos en el resto de Europa, en donde su influencia se contaba por nada. La única cosa que hizo en utilidad de la nacion, es la célebre constitucion establecida en una dieta que tuvo en Wormes, año de 1495; por cuya ley, que tiene por objeto el mantener la paz en Alemania, se fixaron la jurisdiccion y las formas que se siguen en la cámara imperial de un modo constante que dió mas peso á las decisiones de este tribunal, el qual extiende su autoridad á todos los miembros del cuerpo germánico. Sea que Maximiliano juzgase por sí mismo de su mérito y de su reputacion por la superioridad del lugar que ocupaba entre los soberanos, sea que se creyese interesado en sus querellas, quiso algunas veces tomar parte en los grandes negocios de su tiempo, pero siempre fué para hacer un papel subalterno, y muy inferior en efecto á lo que deseaba parecer. Ligero en sus empeños, y desgraciado en sus empresas militares, escogia, dexaba y volvía á tomar aliados y enemigos sin designio ni objeto. Toda su habilidad y toda su dicha consistió solamente en hacer matrimonios útiles para el engrandecimiento de su casa, en la qual hizo entrar la rica sucesion de los duques de Borgoña, casando con la princesa María su heredera. Estuvo tambien muy próximo á adquirir para su posteridad el ducado de Bretaña, logrando la mano de la duquesa Ana despues de la muerte de su primera esposa y finalmente preparó la grandeza de su nieto, proponiendo por muger de Felipe su hijo segundo á Juana de Castilla, hija única de los reyes de España Fernando é Isabel (a). Su muerte sucedida en 1519 ha lle-

(a) Los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel tuvieron qua-

gado á ser una época notable en la historia de este siglo, no por el vacío que dexaba que llenar, sino por las rivalidades que produjo.

La corona imperial no habia excitado jamas tanta ambicion, como se vió despues de muerto Maximiliano. Entre los candidatos que solicitaban el honor de sentarse en el trono de los césares, dos sobre todo atraian la atencion de la Europa, y ponian en balanza los votos de los electores; quales eran Francisco I., rey de Francia, y Carlos de Austria, rey de España. De estos dos competidores el primero gozaba ya de una reputacion de bravura, de beneficencia y de magnanimidad, justamente adquirida: el segundo de quien todavia se ignoraban las buenas y malas qualidades, solo era conocido por la vasta extension de sus dominios. Uno y otro por las razones que apoyaban ó combatian su demanda tuvieron mucho tiempo indecisa la asamblea formada en Frankfurt para la eleccion. La actividad que ambos empleaban en seguimiento de su objeto, era igualmente por una y otra parte. Sus agentes se valieron de los presentes, de las maquinaciones, y de las promesas (móviles mas poderosos en estas ocasiones que el bien público) con una profusion y un calor que hacian variar incesantemente la balanza en lugar de atraerla. Esta ansia de los concurrentes, y aun mas la consideracion de su poder, aumentaba el embarazo de los electores. Se hacia temible que eligiendo uno de los dos, no diesen al imperio en el preferido, en lugar de un gefe y defensor, un soberano y un opresor de la libertad pública, haciendo al otro enemigo. Para evitar estos inconvenientes ofrecieron el cetro á Federico, elector de Saxonia, príncipe recomendable por su prudencia y moderacion; pero se contentó con mostrar que era digno del honor que se le concedia, rehusándolo, y se declaró al mismo tiempo por

tro hijas, de las quales Doña Juana fué la segunda. Y es de extrañar que al escribir esto Ducreux, no le ocurriese que Doña Catalina, reyna de Inglaterra, de quien se habla tantas veces en esta historia con motivo del pretendido y escandaloso divorcio de Henrique VIII, era hermana de Doña Juana. Tambien lo fueron otras dos reynas de Portugal casadas entrambas con el rey Don Manuel, de quienes se hace tambien memoria en el pleyto del divorcio, porque habia precedido á la dispensa de Doña Catalina para casar con Henrique VIII. la de su hermana Doña María para casar con su cuñado el rey Don Manuel.

Cárlos de Austria; cuya declaracion dando nuevo peso á su voto por el desinterés que acababa de manifestar, arrastró el de los demas electores. Francisco miró como una afrenta la preferencia concedida á su rival, y concibió contra él un odio que duró toda su vida; y este odio que los sucesos posteriores hicieron todavía mas vivo y mas profundo, fué la primera causa de todas las guerras que emprendió, y de las desgracias que tuvo.

Cárlos que se hallaba en España, sintió un gozo inexplicable, quando supo la noticia de su eleccion, y le costó mucho trabajo el contenerlo, aunque ya era de los hombres mas disimulados. En efecto venia á ser para él un triunfo bien lisongero el haber prevalecido en la edad de diez y nueve años sobre un monarca coronado ya por las victorias, que con razon pasaba por el mayor príncipe de Europa, y por el hombre mas amable; y así corrió sin dilacion á gozar de su gloria, y recibir las señales de su nueva dignidad.

No tardó la Alemania en convencerse por su propia experiencia de que prefiriendo á Cárlos respecto de su concurrente habia escogido erradamente de estos dos príncipes aquel cuyo carácter y política eran mas contrarios á la conservacion de sus privilegios y libertad. Efectivamente Cárlos juntaba con una ambicion desmedida una propension violenta al despotismo. Quería reynar como soberano absoluto, no conocia ningun derecho, ninguna convencion, ningun título que no debiese ceder á la prerogativa imperial, cuya prerogativa contenida en límites estrechos por las capitulaciones y costumbres que tenían fuerza de ley; ninguno de los césares modernos la llevó mas adelante que él. Heredando la fortuna y el talento extraordinario de Fernando de Aragon su abuelo, habia recibido tambien de la naturaleza su espíritu falaz y artificioso, su amor extremo á la dominacion, y aquel temple de alma que mueve á ciertos monarcas á no admitir mas ley que la de su propio interes. Tal se mostró á los ojos de toda la Europa, al paso que se fué descubriendo su genio, y tal se pintó á sí mismo por toda la serie de sus acciones. Viósele sucesivamente amenazar á los partidarios de las nuevas opiniones que se esparcian en Alemania, y acariciarlos como si temiese sus empresas: oprimirlos con todo el peso de su po-

der, y concederles privilegios mas amplios de los que se atrevian á pedir: viósele respetar ó quebrantar las leyes, congraciar ó maltratar á los príncipes del imperio, usar en las dietas del trono absoluto del despotismo ó del lenguaje seductivo de la astucia y de la política, según que sus armas ó negociaciones elevaban y abatian su poder. Sus prósperos sucesos ó sus reveses fueron siempre la regla de su conducta para con aquellos que trataron con él. No seguiremos á este príncipe en todos los acontecimientos felices y desgraciados que señalaron su reynado: bastará para acabar de darle á conocer, considerarle en algunas de las circunstancias mas singulares en que se halló por una conseqüencia de las grandes empresas que tuvo que sostener.

Quando el año de 1525 por una victoria que no tanto debió á la habilidad de sus generales, quanto al valor imprudente de su enemigo, volvió á entrar el Milanésado en su dominio, y quedó Francisco prisionero suyo, supo encerrar en su corazon toda la alegría con que le embriagaba un suceso semejante, prohibiendo las fiestas y regocijos públicos que son de uso en estas ocasiones; y es que entonces temia que su cautivo no se le escapase, y le hiciese arrepentirse bien pronto de haber manifestado demasiada satisfaccion en verse apoderado de él. Pero apenas el desgraciado monarca fué conducido á Madrid, en donde no podia escaparse de la vigilancia de los que le guardaban, quando Carlos no le perdonó ninguna de las mortificaciones que podian irritar su dolor, y hacer pesadas sus cadenas. Quando por otro golpe de fortuna en que tampoco tuvo parte su prudencia ni su valor, entraron sus tropas en Roma, y exercieron crueldades y robos, en que no se habian manchado los godos y los vándalos, y el papa Clemente VII. sitiado en el castillo de Sant Angelo, aguardaba la suerte del monarca frances, y acaso un tratamiento mas riguroso; ordenaba Carlos en España procesiones, á que asistia él mismo para pedir al cielo la libertad de la cabeza de la Iglesia, entre tanto que daba órdenes para estrechar mas el cerco, y le forzaba á agotar su tesoro para comprar su redencion. En fin, quando Mauricio, elector de Saxonia, cuyo valor y habilidad le habian ayudado á disipar la famosa confederacion de Smalkalde en la jornada de Malberg, habiéndolo-

se declarado contra él, le obligó abandonar desordenadamente la ciudad de Inspruk, en donde corría riesgo de ser preso, viendo Carlos que le desamparaba la fortuna, no tuvo mas que pensamientos tristes que turbaron su reposo, é hicieron desaparecer á sus ojos el esplendor de los títulos acumulados sobre su cabeza, y de aquellas acciones cuyo rumor habia dado tanto lustre á su vida.

Fortificándose cada dia mas estas ideas con los dolores agudos y casi habituales de una gota, cuyos primeros ataques habia sentido desde la juventud, formó Carlos la resolucion de renunciar la soberanía, de que siempre se habia mostrado tan zeloso. Se despojó de sus estados en favor de su hijo, y se retiró al convento de Yuste en Extremadura, no habiendo conservado mas que doce criados consigo, con los quales vivió con la simplicidad que un particular en medio de su familia. Pasó veinte meses en esta soledad sin volver los ojos á la grandeza que habia dexado, sin hablar de lo que habia hecho en el mundo, y sin manifestar la menor curiosidad de saber lo que pasaba en él despues de su renuncia.

Este rasgo es sin duda el mas hermoso de su vida, que acabó en 1558 á los cincuenta y nueve años de su edad, ocupado únicamente en las grandes verdades de la religion y en las prácticas de piedad que se habian propuesto. Muchas veces se ha comparado á Carlos V. con Francisco I., complaciéndose de poner en contraste las virtudes y los vicios de estos dos rivales célebres; y nos parece que el resultado de estos paralelos (en que la imaginacion tiene por lo ménos tanta parte como la verdad) se reduce á decir que Carlos fué mas hábil y mas afortunado: Francisco mas desgraciado y mas estimable: el príncipe austriaco debió la mejor parte de sus sucesos sobresalientes á los talentos de sus ministros y generales: la gloria del monarca frances solo fué suya (a).

(a) Son tan extraños los colores con que el abate Ducreux pinta las acciones de Carlos V., que si se hubiese de juzgar por ellos de su mérito, se le tendria por un soberano sin fe, sin valor, sin moderacion, y aun no merecian los estériles elogios que él mismo le hace. No es este el juicio de los imparciales, y el que dicta la verdad fundada en los hechos. Examinemos por partes el retrato de Ducreux, y veremos con quanta pasion se ha conducido su pincel. Empieza observando que quando se trataba de la eleccion de emperador por muerte de Maximiliano, Carlos solo era conocido por la extension de sus dominios, al paso que Francisco I. lo era ya por su bravura, benefi-

Los dos emperadores que sucedieron uno tras de otro á Carlos V. no tuvieron ni sus sobresalientes prendas ni

encia y magnanimidad. Supongo que Ducreux se olvidó en esta ocasion de que para que la comparacion fuese oportuna, era preciso que los dos se hallasen en las mismas circunstancias, en la misma edad; y todo el mundo sabe que Carlos era mas jóven, y no se le habian presentado aun las ocasiones que á Francisco en Marignan. Sin embargo se sabia ya que tenia Carlos valor, actividad, prudencia y un gran ingenio cultivado con el estudio. Afirma despues que no tardó la Alemania en convencerse por la experiencia de que habia elegido el príncipe que ménos le convenia. Esto será segun la política de Ducreux; pero segun la verdadera y sólida, la Alemania debia preferir á un príncipe nacional, poderoso, que pudiese contener al terrible Selim, y que por otra parte no era tan vecino como Francisco para poder causarle tanta inquietud. Quiere apoyar esto con decir que Carlos juntaba la ambicion con el despotismo. Demos que Carlos tuviese ambicion. ¿Es acaso esta un vicio capaz de borrar la gloria de los soberanos? ¿Qué seria entónces de la de Carlo Magno, Luis XIV. y otros que venera como héroes su nacion? En quanto al despotismo, ¿en qué lo hace consistir Ducreux? Si entiende por esto el vigor con que sostuvo la causa de la religion contra los protestantes hasta poner en el bando del imperio al elector de Saxonia y al Landgrave de Hesse, cabezas de la liga, nosotros no hallamos en ello mas que un zelo ardiente por la fe, que le hizo creer que en aquel caso no era necesario aguardar la autoridad de la dieta, ni las demas formalidades germánicas, y lo mismo decimos de la prision que hizo de aquellos dos príncipes, y modo con que los trató. Prosigue tachándole de filaz y artificioso, como su abuelo, habiéndolo acreditado así con los protestantes, á quienes ú oprimia, ó acariciaba, segun lo exigian sus intereses. Tan desgraciado es Carlos en la pluma del abate Ducreux, que lo que en qualquiera otro se alabaria como un rasgo de prudencia política, en él se acusa de dobiez. Habia prohibido en 1520 la dieta de Ausburgo, de que fué el órgano el emperador, la doctrina de los luteranos y su tolerancia. Al año siguiente amenazaba el fiero Soliman á la Ungría y á toda la Europa. ¿Qué hizo Carlos? Acudir á remediar el mayor mal, permitiendo el menor; conceder á los protestantes la libertad de conciencia, para que le ayudasen á detener al sultan, y evitar el cautiverio de Europa, como así sucedió. Los mismos motivos concurren en otras ocasiones. ¿Qué hay en esto que no sea conforme á una política ilustrada?

No es mas feliz nuestro héroe en el modo con que el autor interpreta sus mas sinceras acciones. Si da muestras de un generoso sentimiento por la desgracia de haber caido Francisco I. prisionero, en la opinion de Ducreux este es en el fondo un gozo extremado que le enajena. Si manifiesta la misma generosidad, quando sabe que el papa Clemente VII. se ha cercado en el castillo de Sant-Angelo por sus tropas; el abate Ducreux supone voluntariamente y sin ningun documento que da al mismo tiempo orden de estrecharle mas. ¿Es lícito interpretar de este modo los hechos de los hombres? Si lo fuese, no habria uno laudable, porque no hay ninguno en que no quepan fines siniestros.

Hasta las victorias de Carlos no perdona el autor, y pretende rebajar su lustre, afirmando que ó se debieron mas al excesivo valor de Francisco, que á la habilidad de sus generales, ó que él no tuvo parte en ellas. Pudiera á lo ménos tener consideracion, ya que no á Carlos y á los españoles, á su paisano el condestable de Borbon: es verdad que como sostenia la causa del emperador, perdió á sus ojos todo el dere-

su ambicion. Fernando I., su hermano, gobernó el imperio con moderacion y prudencia; pero sus desconfianzas aumentaron las turbaciones y desgracias de la Ungría; de la qual como poseyese una parte, hacia los mayores esfuerzos por invadir la otra á pesar de la resistencia de los señores que reclamaban el uso de sus privilegios, y del derecho de eleccion de que procuraba Fernando despojarlos. Estas diferencias que tocaban en su interes personal y en la grandeza de su casa, le ocuparon mas que todos los otros asuntos del imperio y del resto de Europa. Este príncipe echó un borron indeleble á su memoria, ordenando la muerte de Martinuzi, obispo de Waradin, prelado recomendable por su habilidad en el manejo de los negocios, y digno de mejor suerte por los grandes servicios que tenia hechos á la patria y al mismo Fernando. Revestido de la dignidad de cardenal, y de las primeras de estado, á que habia llegado por su mérito y talento, fué sacrificado en virtud de sospechas inciertas, de que hubiera debido defenderle su conducta llena de rectitud y la firmeza de su carácter. Fernando olvidó todo lo que habia hecho por él, luego que creyó tener razo-

cho al elogio nacional. Entre tanto nosotros diremos con arreglo á la historia, que en la batalla de Pavia acreditó mucho valor y pericia, no solo Borbon, sino tambien el marques de Pescara; y que por lo que toca á Carlos V., dió pruebas tan grandes de su valor y bizarría en las expediciones contra el formidable Soliman, contra el célebre Barroxa, &c. que á pesar del cuidado de Ducreux en notar las funciones en que no intervino, gozará siempre del concepto de un gran capitán.

Concluye nuestro autor elogiando el retiro del emperador y su muerte edificante; pero al querer hacer su parangon con Francisco I., no puede desprenderse del afecto nacional, y dice que la gloria del monarca frances toda fué suya, la del español se debió principalmente á sus ministros y generales, como si la buena eleccion de estos no fuese acaso una de las mayores glorias de los soberanos, y una gran prueba de su talento; y como si un príncipe, que hizo nueve viages á Alemania, diez á los Países Baxos, siete á Italia, seis á España, quatro á Francia, dos á Inglaterra, y dos á Africa, todos por motivos gloriosos, no pudiese disputarlas en bizarría propia, no solo á Francisco, sino tambien á los mas célebres guerreros. Terminaremos esta nota con el excelente discurso que hizo á Felipe II., su hijo, en la asamblea de Bruxelas, quando le cedió los Países Baxos; el qual debiera estar estampado en el corazon de todos los reyes, y prueba el carácter justo y religioso de Carlos V. *Respetad, le dixo, inviolablemente la religion: mantened la fe católica en toda su pureza: mirad siempre como sagradas las leyes de la nacion: no ultereis jamas los derechos y privilegios de vuestro pueblo: y si algun dia quereis gozar de las dulzuras de la vida privada, oxalá que tengais un hijo digno, en quien resignar el cetro con la satisfaccion con que yo lo resigno en vos.*

nes para temer su crédito, ó sospechar de su fidelidad. Un asesinato, acompañado de circunstancias mas propias para dar á conocer su atrocidad que para justificarle, hizo perecer en su casa, y en medio de todo lo que podia inspirarle seguridad, á un ministro respetado y amado de su nacion, al mismo tiempo que parecia tener entera confianza del príncipe, por cuya orden se le degollaba. Esta accion, cobarde y cruel, excitó contra Fernando la indignacion pública, y bien léjos de asegurar su poder, llenó lo restante de su reynado de agitaciones y temores. Murió el año de 1564.

Maximiliano II., su hijo y sucesor, mantuvo el imperio en paz por la atencion continua que puso en contemplar y contener á los dos partidos que la religion dividia, cuya prudencia apartó de su reynado las tempestades que no hubieran dexado de turbarlo, si hubiese ido por otro camino. El mismo principio de conducta le impidió mezclarse en las guerras de religion que assolaban la Francia y los Países Baxos. No fué así prudente Rodulfo II., que subió al trono imperial despues de él el año de 1576. Permitió al archiduque Matías, su hermano, ir á ponerse á la frente de los flamencos revelados contra Felipe II., su pariente: operacion indiscreta en que no se reconoce aquella política que siempre habia tenido tan estrechamente unidas las diferentes ramas de la casa de Austria. Rodulfo tenia las virtudes y los gustos de un hombre privado, pero no poseia ninguna de las qualidades necesarias para brillar en la esfera suprema, y cumplir con sus obligaciones. Al paso que dedicaba dias y noches enteras al estudio de la química, de la astronomía y de las demas ciencias, descuidaba los negocios de estado hasta ignorar las conjuraciones que se tramaban contra él en su misma corte. No vigilaba mejor lo que pasaba á lo léjos, y los enemigos de afuera se aprovecharon de esta indiferencia para atacar sus dominios; y el príncipe Matías, su hermano, sobre quien descansaba del cuidado de defenderles, le forzó á despojarse de ellos sucesivamente para darselos á él. Rodulfo reducido al solo título de emperador que tan mal habia sostenido, no murió hasta el año de 1612, abandonado de todo el mundo, y únicamente conocido de los químicos y astrónomos que le rodeaban, despues de un reynado de treinta

y siete años, sin que pareciese percibirse en el imperio y en Europa que habia dexado de vivir.

La Francia fué feliz y tranquila interiormente en el reinado de Luis XII., á cuyo príncipe llamado por sobrenombre el Padre del pueblo con tanta justicia, coadyuvó en sus miras benéficas y piadosas un ministro que merecía su confianza y el aprecio de la nacion. Tal era el cardenal Jorge de Amboise, el único de todos los estadistas de su siglo, á quien no se ha acusado el haber hecho mal uso del poder depositado en sus manos. La felicidad del pueblo era el solo objeto de su administracion, como lo era tambien de los deseos de su amo. La única tacha que se les ha hecho á uno y á otro, y acusacion igualmente gloriosa á ambos, es no haberse valido en la politica de aquella finura artificiosa y aquella doblez que previenen los engaños de aquellos con quienes se trata, ó que se vengan de ellos con otros igualmente concertados. Luis y su ministro, juzgando de los demas hombres por la rectitud de su corazon, y no creyendo que las cabezas de la sociedad debiesen tener entre sí máximas de conducta que entre particulares serian crímenes, cayeron muchas veces en los lazos que les armaron los Alexandros, los Julios y los Fernandos. Pero esta opinion de los otros, que es frecuentemente un error en materia de politica, honra siempre á los que son sus víctimas; pues es tan glorioso como inevitable en las almas rectas y honestas el ser engañadas por las falaces.

La buena fe de Luis y de su ministro, junta con la impetuosidad natural á los franceses, que no siempre les permite proseguir las ventajas ganadas al principio, fué la causa de los reveses que se siguieron al buen suceso de sus armas de la otra parte de los montes. Unas victorias pasmosas, unas conquistas fáciles y rápidas, se eclipsaron muy pronto por ciertas traiciones que no se supieron preveer, y por accidentes para los cuales no se habia preparado remedio. Ni el buen uso que Luis XII. habia hecho de su prosperidad, ni la bravura de los generales, ni la buena voluntad de los soldados no pudieron liberrar exércitos florecientes y victoriosos de una destruccion que los hizo desaparecer en poco tiempo. El milanesado y el reyno de Nápoles conquistado con una celebridad que admiraba á los mismos vencedores, se le escaparon

de las manos casi al instante que se apoderó de ellos. Mas estas desgracias no le hicieron ménos amado á la nacion. El afecto, ó por mejor decir, la pasion que le tenia, se aumentaba con sus adversidades: justo reconocimiento del amor que él le profesaba. Entre mil pruebas que este soberano dió de aficion á sus vasallos, esta parecerá sin duda la mas fuerte: en sus mayores necesidades no quiso restablecer jamas los impuestos que habia suprimido ó disminuido. Murió este buen príncipe el año de 1515, habiendo hecho su elogio las lágrimas de la Francia hasta el sentimiento de sus enemigos.

Si alguna cosa podia consolar á la Francia en la pérdida que acababa de tener, era el pasar al dominio de Francisco, conde de Angulema, sobrino del rey difunto, y su yerno, que subia al trono en virtud de la ley sálica. Este príncipe juntaba á todas las buenas qualidades de Luis XII. una figura aliciente, un corazon noble y sensible, un carácter amable, un entendimiento cultivado, un denuedo á toda prueba, una inclinacion viva á los placeres, y un amor no ménos ardiente de la gloria. No tenia mas que veinte y un años de edad quando entró en el solio, y desde el principio de su reinado ganó en persona la famosa batalla de Mariñan, que duró dos dias seguidos, en la qual hizo este príncipe prodigios de valor. Es bien sabido lo que decia el mariscal de Tribulce, uno de sus generales, que se habia hallado en diez y ocho funciones ántes de esta: que la accion de Mariñan habia sido un combate de gigantes, las otras juegos niños. ¿Qué no se debia esperar de un reinado que empezaba de un modo tan glorioso! Francisco mostró siempre el mismo valor y la misma actividad: la nacion le ayudó con los mas generosos esfuerzos: la jóven nobleza ardió constantemente en deseos de señalarse baxo un príncipe á quien adoraba, y que sabia apreciar sus buenas acciones. Sin embargo faltó mucho para que las conseqüencias correspondiesen á tan excelentes principios. Las victorias mas decididas no produxeron ninguna ventaja durable: unas conquistas, que habian costado sumas inmensas y no ménos sangre, se desvanecieron en ménos tiempo del que se habia necesitado para hacerlas: la Italia continuó siendo el sepulcro de los franceses: el reyno agotado de hombres y de dinero vió